

MIKE LIGHTWOOD
AL OTRO
LADO

BR

Primera edición: julio de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Coordinación gráfica: Eduardo Nacarino

Ilustración de cubierta: Iván Píneros

© del texto: Miguel Trujillo, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-196-2118-4
Depósito legal: M-14060-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para los que están
al otro lado.*

TRES SEMANAS ANTES

TODAVÍA ME COSTABA CREER lo que acababa de suceder. Observé su cuerpo desnudo sobre las sábanas, incapaz de dejar de sonreír. Se había quedado adormilado a causa del agotamiento. Estaba tan adorable que sentí un revoloteo nervioso en el corazón.

Presa de un impulso repentino, me acerqué a él y lo rodeé con los brazos. Luis abrió los ojos, frunció el ceño y se zafó.

-Quita, anda. No me agobies.

-¿Qué pasa?

-No estamos juntos -me recordó, y sus palabras fueron como una patada en el estómago. Se puso en pie y cogió su ropa interior del suelo-. No hace falta que nos quedemos abrazados después de follar.

Apreté la mandíbula, acusando el golpe.

-Ya sé que no estamos juntos. Pero tampoco tiene que ser la cosa tan fría, no sé.

Él se rio mientras se ponía la ropa interior.

-Venga ya, si sabes perfectamente para qué hemos quedado. Y recuerda... Ni una palabra de esto a nadie, ¿me oyes?

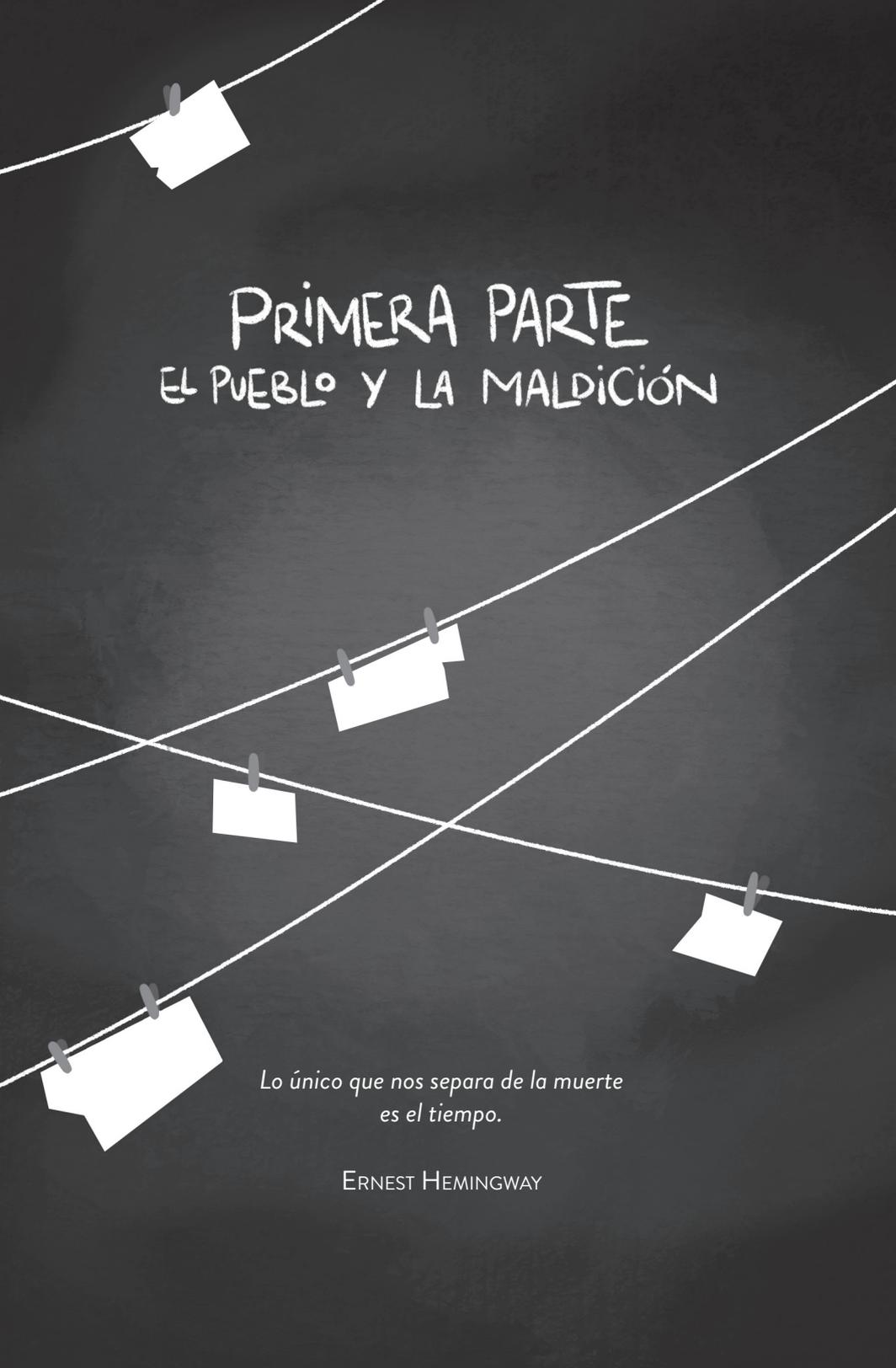
Se subió los pantalones y se agachó para buscar la camiseta.

-Espera -le pedí, levantándome de la cama yo también-. Me visto y te acompaño.

-No hace falta -dijo mientras acababa de vestirse-. Ya sé dónde está la puerta.

Sin decir más, se ató los cordones y se marchó. Y ahí me quedé yo, solo en la cama y con el corazón hecho pedazos.





PRIMERA PARTE
EL PUEBLO Y LA MALDICIÓN

*Lo único que nos separa de la muerte
es el tiempo.*

ERNEST HEMINGWAY

CAPÍTULO 1

UN ROSTRO EN LA VENTANA

HABÍA TENIDO YA UNAS SEMANAS para hacerme a la idea, pero todavía no había asimilado lo que estaba pasando. Al fin había llegado ese viernes maldito que tanto había temido. Y ver el que sería mi nuevo hogar durante al menos un año tampoco ayudaba mucho, precisamente. Observé esa casa que parecía salida de una película de época y no pude evitar resoplar. Me quité los auriculares con los que llevaba todo el camino escuchando en bucle el último disco de Darío, mi cantante favorito.

-¿En serio? -pregunté con una mueca de desdén que no fui capaz de ocultar-. ¿No había una casa mejor?

-Nacho... -dijo mi madre, agobiada por toda aquella situación-. Ya lo hemos hablado mil veces. Es lo que hay.

Puse los ojos en blanco, pero me mordí la lengua para no contestar. Tenía razón: lo habíamos hablado. Y también habíamos discutido. Y habíamos gritado, nos habíamos peleado, habíamos llorado los tres hasta quedarnos sin voz. Una mañana, incluso me había ido dando un portazo para refugiarme en casa de mi amiga Leire y no había vuelto hasta por la noche. Sí, desde luego que lo habíamos ha-

blado mil veces. Pero eso no significaba que hubiera dejado de ser una mierda.

Eché un vistazo a la casa, iluminada por un sol que me resultaba extrañamente poco caluroso para ser julio, aunque estábamos en el norte del país. Tal como me habían contado, era evidente que se trataba de una antigua granja reformada. Pero tal vez la palabra «reformada» se le quedara un poco grande, porque desde luego no se parecía en nada a lo que me imaginaba. Si era verdad que la habían reformado algún día, sin duda eso tuvo que ocurrir como mínimo antes de mi nacimiento. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que aquello era real; de que aquella casa de mala muerte iba a ser mi nuevo hogar. Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de recordarme una vez más que tan solo sería algo temporal.

Un año. Después, o bien volveríamos los tres a casa, o bien yo me iría a la universidad. Pero, si todo salía según lo previsto, tan solo estaríamos allí durante un año; al menos, ese era el tiempo que aparecía estipulado en el contrato de mi madre. Era médica de cabecera, y llevaba ya unos meses en la bolsa de empleo debido a los recortes hasta que la destinaron a aquel pueblo. Por su parte, mi padre era periodista y trabajaba desde casa. Yo había gritado, llorado y hasta les había insultado por no poder quedarme con él en mi casa de siempre, pero ellos habían sido tajantes. No podían pagar a la vez la hipoteca de nuestra casa y el alquiler de este sitio, así que habían puesto la casa en alquiler mientras estuviéramos fuera. Al menos, todas las cosas que no me había podido traer estaban a salvo en un trastero, pero se me revolvía el estómago al pensar que pronto habría alguien durmiendo en la que había sido mi habitación durante diecisiete años.

Unas lágrimas traicioneras ardían en mis ojos. De verdad me iba a pasar al menos un año allí, muerto del asco, a casi quinientos kilómetros de casa. A quinientos kilómetros de la única vida que había conocido durante mis casi diecisiete años de existencia. A quinientos kilómetros de todos mis amigos. A quinientos kilómetros de... de él.

Todavía no podía creer que de verdad fuera a pasar un año sin verle.

Solté un suspiro. En realidad, Luis y yo no éramos nada serio; él mismo se había encargado de dejármelo claro. Me gustaba, sí. ¿Estaba enamorado? No lo sabía, la verdad. Pero sí que llevaba por lo menos un año colado por él. Y, bueno, puede que pasara algo entre nosotros en la fiesta de fin de curso... Y también a la semana siguiente, cuando fuimos juntos al cine... Y esa otra noche que me quedé solo en casa, aunque la cosa no fuera tal como yo esperaba... Y, en fin, pasaron unas cuantas cosas entre nosotros durante esas últimas semanas de junio, hasta que llegó julio y se fue a la playa con sus padres. Para entonces, mis padres ya me habían soltado la bomba, así que sabía que aquello no tenía ninguna clase de futuro.

Solté un suspiro y cerré los ojos, tratando de evitar que se derramaran las lágrimas acumuladas. Lo echaba de menos, mucho más de lo que esperaba y, desde luego, mucho más de lo que habría podido admitir. Si yo siguiera en mi casa de siempre, nos veríamos en menos de una semana, cuando volviera de sus vacaciones. Al menos, eso era lo que quería pensar. Pero en realidad, y por mucho que me gustara, yo no era nada serio para Luis, y eso era lo único que importaba después de todo. Y, ahora que estaba a quinientos kilómetros de él, ya no tenía nada que hacer.

Cuando volviera a casa, a mi verdadera casa, seguro que ya no recordaría ni mi nombre. Dolía demasiado pensarlo.

-¿Bajas o qué, campeón?

La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Con-
tuve las ganas de poner los ojos en blanco por segunda vez
en menos de cinco minutos. Nunca he entendido eso de
llamar «campeón» a los niños, sobre todo cuando dejan
de ser unos críos y los siguen llamando del mismo modo.
Vale, sí, puede que de pequeño me gustara que me llamara
así. Supongo que me hacía ilusión, incluso. ¿Pero ahora?
Hacía mucho tiempo que no me sentía precisamente como
un campeón; más bien todo lo contrario. Y, para ser sin-
cero, el mote me daba un poco de vergüenza ajena cuando
lo utilizaba en público. Pero no podía decirle eso a mi
padre porque heriría sus sentimientos, así que siempre
que me lo decía, yo trataba de sonreír y aguantaba... en fin,
como un campeón. O algo así.

Me bajé del coche sin contestar, observando a mi madre
mientras abría la puerta de la casa con las llaves que les ha-
bían dado al firmar el contrato. Pude oír el chirrido desde
el coche, y eso confirmó mis peores sospechas. No quería
ni imaginar lo que me encontraría cuando entrara en esa
casa que probablemente estaría cayéndose a trozos.

Y, desde luego, no me imaginaba lo que me encontré.
Cuando me atreví a cruzar al fin el umbral, me di cuenta
de que en realidad la casa estaba... ¿bien? Vale, sí, tenía ese
airecillo rural que cualquiera podría esperar de una antigua
granja, pero por dentro tampoco se diferenciaba mucho de
una casa corriente. Había luz eléctrica, las paredes blancas
ni siquiera tenían gotelé, y unos cables cerca del techo dela-
taban que había conexión a internet. Dudaba que hubiera

fibra óptica en aquel pueblo en el culo del mundo, pero ya era mejor de lo que esperaba.

-Bueno -dijo mi madre con una enorme sonrisa, y me di cuenta de que me estaba mirando con expectación desde que había entrado en la casa-. ¿Qué te parece?

-Eh... Pues no está mal -respondí con sinceridad-. ¿Dónde está mi cuarto?

Su sonrisa se ensanchó, como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

-Tu habitación está arriba -contestó mientras señalaba las escaleras que había al fondo del recibidor-. ¿Quieres verla?

-¡Claro! -respondí, más entusiasmado de lo que esperaba. Eso la hizo sonreír todavía más, por imposible que pareciera.

-Yo voy desembalando, ¿vale, cielo? -se ofreció mi padre, que había entrado detrás de mí con una de las cajas que llevábamos en el remolque del coche.

Aunque habíamos contratado un camión de mudanzas para la mayoría de nuestras cosas, mis padres habían alquilado un remolque para trasladar nosotros mismos lo que íbamos a necesitar el primer día, hasta que llegara el camión. Yo tenía tres cajas, dos de ellas llenas de ropa, pero la más importante había viajado conmigo en la parte trasera del coche. No iba a permitir que mi preciada PlayStation 5 y mi portátil fueran en un remolque, ni mucho menos en un camión de mudanzas en manos de unos desconocidos.

Eché un vistazo hacia la puerta de entrada y me di cuenta de que el coche todavía estaba abierto.

-Mamá, espera -le dije cuando ella hizo ademán de salir por una de las puertas del recibidor-. Voy a por mi caja.

Volví hasta el coche y saqué la caja con cuidado para llevarla hasta la casa. Una vez dentro, seguí a mi madre por la puerta de antes y abrí mucho los ojos al ver el salón. Una parte de mi mente registró vagamente la presencia de una mesa de comedor, varias sillas y un sofá, todos de colores beis a juego, pero mi atención se centró en el televisor que había en una esquina. Debía de medir al menos cincuenta pulgadas; era más grande que el de casa. Dejé mi caja en el suelo, junto a él: parecía que la PlayStation había encontrado su nuevo hogar.

–¿Qué te parece? –dijo mi madre detrás de mí.

–Es una pasada –respondí con sinceridad, solo para darme cuenta un segundo más tarde de que no se refería a la tele, sino al salón en sí. Me apresuré a darme la vuelta y miré a mi alrededor—. Está... muy bien. Más que el que tenemos en casa.

–Sí, ¿verdad? Pues ya verás cuando llegues a tu habitación...

Algo más animado, seguí a mi madre mientras subía las escaleras. El dormitorio de mis padres era enorme y tenía su propio cuarto de baño, lo que significaba que el que había en el pasillo sería solo para mí. Aunque tenía un pequeño lavadero anexo para hacer la colada, era agradable saber que, por lo demás, yo sería el único que lo utilizaría. No tenía mucha privacidad en mi antigua casa, y ni siquiera recordaba la última vez que me había podido dar un baño largo y relajante sin que mis padres aporrearan la puerta a los cinco minutos porque tenían que entrar. Tomé nota mentalmente para hacerlo en cuanto terminara de vaciar mis cajas.

Cuando por fin llegamos a la que sería mi nueva habitación, me quedé boquiabierto. Era casi tan grande como la

de mis padres, y mucho más espaciosa que la que tenía en casa. No había gran cosa, claro: una cama individual todavía sin sábanas, un escritorio de madera clara con su silla a juego, un armario y un par de estantes vacíos. Pero me había llevado varios libros y mis pósteres favoritos cuidadosamente enrollados, así que, con un poco de suerte, tal vez pronto acabara sintiendo esa habitación como mía. Las grandes ventanas dejaban entrar mucha luz, y eso me levantó el ánimo de algún modo.

-¿Qué te parece? -preguntó mi madre de nuevo, sonriendo desde la puerta.

Esta vez, le devolví la sonrisa sin esfuerzo.

-Me encanta.

Su sonrisa se ensanchó y, en ese momento, llegó mi padre cargado con dos cajas.

-¿Qué tal, campeón? ¿Te gusta tu cuarto?

-Sí, está muy bien. -Señalé las cajas con la cabeza-. ¿Son mías?

Asintió mientras las dejaba en el suelo.

-¿Te parece si las vas deshaciendo ya? Dentro de media hora nos iremos a comer fuera. ¿Te parece?

-Está bien -respondí, mucho más animado que hacía un rato.

Se marcharon, dejándome allí solo con las cajas en aquella habitación desconocida. Pero, entonces, mi sonrisa flaqueó cuando me di cuenta de que, por mucho que tratara de convencerme, aquel no era mi cuarto. Mi verdadero cuarto, aquel en el que había crecido y en el que había pasado innumerables noches de cine y videojuegos con mis amigos, se encontraba a quinientos kilómetros de allí.

Mi habitación era mucho más que ropa y unos pósteres. Era donde muchas veces había llorado hasta quedarme dor-

mido, donde me había refugiado en mis peores momentos. Era donde había aprendido a conocer mi propio cuerpo, donde había asimilado que me gustaban los chicos, y también era donde, hacía tan solo unas semanas, Luis y yo habíamos ido un paso más allá ese día que mis padres me habían dejado solo en casa, tan solo tres días antes de que él se fuera de vacaciones.

Con un suspiro, caminé hacia las cajas mientras trataba de contener las lágrimas y me di cuenta de que mi padre había dejado encima unas tijeras para que pudiera abrirlas. Necesitaba una distracción; no quería ponerme a llorar otra vez nada más llegar. Así pues, corté la cinta de embalar de una de ellas y saqué unos cuantos libros que había sobre la ropa. De pronto, mientras pasaba junto a la ventana para ir en dirección a los estantes, me pareció ver algo por el rabillo del ojo. Miré hacia el exterior y, entonces, lo vi.

Había alguien al otro lado, observándome desde la ventana de enfrente.